

El camino del amor conyugal

El sentido último de nuestra vida es la unión de amor con Dios. A este fin sirven todo lo creado que nos rodean en la tierra, y todos los acontecimientos de nuestra vida. En este sentido, todas las creaturas tienen una función de atracción: deben vincularnos, pero sólo para que por medio de ellas nos re-encontremos con Dios. Todo lo creado está para despertar mi amor y conducirme más arriba, hacia Dios.

La Virgen María quiere conducirnos a Dios, a un contacto vital con Dios, a una Alianza con Dios. En realidad, la Alianza con Dios la hemos sellado ya el día de nuestro Bautismo y la hemos renovado innumerables veces en los sacramentos, sobre todo la Eucaristía.

Al inicio de esta Alianza con Dios está su amor infinito hacia nosotros. Dios me creó porque quiere amarme. Hasta podemos pensar como si a Dios le hubiese faltado algo en su felicidad, y que por eso me creó para poder amarme personalmente, para poder derramar en mí su amor infinito, para poder atraerme hacia su corazón de Padre. Si son capaces de comprenderlo y lo aceptan convencidos, entonces se harán santos de la noche a la mañana. Los santos comenzaron a ser santos en el momento en que creyeron que Dios los amaba personalmente.

Porque si yo realmente creyera: Dios me ama, entonces también yo lo amaría ilimitadamente. Si yo sé que soy la creación y la ocupación predilecta del Padre Celestial, entonces también yo haré de Dios mi ocupación predilecta, el objeto principal de mi amor. En la vida práctica

Dios me ama, esta debe llegar a ser mi idea fija. Y la mejor comprobación es mi propia vida, son las manifestaciones de amor en mi camino de vida.

Y entonces Dios me invita a comprender y a recorrer con Él los caminos de su amor en mi vida. ¿Y cuáles son estos caminos del amor de Dios? Son muchos y en cada vida distintos.

A estos caminos quisiera destacar uno:

Camino del amor conyugal. Al unirse dos personas por el sacramento del matrimonio, se les abre una nueva posibilidad de amar a Dios: el cónyuge como camino y lugar de encuentro privilegiado con Dios.

En el momento solemne de las bodas, Cristo les dijo a cada uno de ustedes: Yo desde ahora te voy a amar especialmente a través del cónyuge, voy a convertirlo en santuario de mi encuentro contigo. Y con ello me dejó el gran desafío de buscar al Señor en el corazón del otro donde desde ahora me está esperando, de descubrir el rostro de Cristo en el rostro de mi cónyuge, de acoger su amor como transparente y reflejo del amor divino. Por otra parte, yo debo ser Cristo para el otro, darle el amor, la luz y la fuerza que necesita para crecer y llegar a Dios. Y así cada uno se acepta y se regala al cónyuge como lugar privilegiado de encuentro con el Señor.

Por eso, en todo matrimonio cristiano está siempre Dios como tercero, quien hace de fundamento, de lazo de unión entre los cónyuges.

Y precisamente cuando Dios no ocupa ese